





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

Octubre, Octubre

KATYA BALEN



Ilustraciones de Angela Harding
Traducción de Laura Naranjo Gutiérrez

e

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2023

TÍTULO ORIGINAL: *October, October*

Colección Los pequeños salvajes

© del texto, Katya Balen, 2020

© de las ilustraciones, Angela Harding, 2020

© de la traducción, Laura Naranjo Gutiérrez, 2023

© Errata naturae editores, 2023

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-43-7

DEPÓSITO LEGAL: M-12117-2023

CÓDIGO IBIC: YFB

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Angela Harding

MAQUETACIÓN: Pack Up

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Ruby Lambert, este es para ti

Encontramos a la lechuza en la linde de nuestro bosque la mañana después de la tormenta. Derribada por el viento, con las alas abiertas congeladas y los ojos redondos y vidriosos. Le acaricio las plumas con la punta del dedo y me sorprende que parezcan tan reales aunque ella ya se haya ido a otro sitio y papá le esté cavando un agujero en la tierra empapada por la lluvia.

La levanto y su cuerpo es enorme en mis manos, aunque los huesos huecos hacen la mayoría del trabajo por mí y me da la sensación de que va a sacudirse la rigidez de las plumas y a echar a volar. A veces capto un destello, son las lechuzas que bajan en picado y se sumergen entre el follaje. Las oigo llamarse bajito como si se cantaran nanas y son preciosas, secretos envueltos de oscuridad. No creo que esta deba acabar en un hoyo. Se lo digo a papá y él me explica que es el «ciclo de la vida» y que ahora la lechuza «volverá a formar parte de la naturaleza». Pudriéndose hasta los huesos, alimentando el suelo con su carne y haciendo crecer las raíces de las plantas con sus plumas. Casi me dan ganas de verlo. Una vez me encontré el esqueleto de un zorro enroscado en un círculo de huesos y restos de piel. El arco de su cráneo y el arpa de sus costillas eran blancos y bonitos.

Papá da la última palada y se sienta a los pies de un árbol exhalando vaho. Yo meto al ave en el agujero y marco la tumba con una piedra lisa para encontrarla más tarde.

Después de enterrarla, damos un rodeo por el bosque para limpiar lo peor de los destrozos causados por el viento y la lluvia, y por un pequeño rayo que le ha dado un lengüetazo al viejo roble que tiene ramas que parecen tentáculos de calamar gigante. Esta vez los daños no han sido tan graves y da la impresión de que la tormenta lo ha limpiado todo y lo ha dejado como nuevo. Barro el suelo con mis ojos de halcón para buscar tesoros en la tierra removida por la lluvia, como hago siempre. Trozos de cerámica y algo que podría ser una moneda romana. Gemas de suave cristal verde azulado. Me los meto en el bolsillo y chocan unos con otros, clamando por contarme sus historias, pero ya las escucharé más tarde. Ahora raspamos y cortamos y amontonamos y tiramos hasta que las ramas medio resquebrajadas y los troncos partidos quedan limpios y la linde irregular del bosque empieza a estar un poquito más despejada.

Ayudo a papá a cargar en el remolque las mejores ramas para que podamos emplearlas en hacer leña para la chimenea o quizá una hoguera y luego vamos en el *quad* por los caminos embarrados de vuelta a casa para descargarlas en el almacén. Esta es la parte que menos me gusta porque me duelen los músculos y por mucha madera que lleve de un sitio a otro la montaña nunca disminuye. Pero pienso en las historias escondidas en mi bolsillo y ya siento que los principios, los nudos y los desenlaces se van hilando en mi cerebro y mis

músculos trabajan solos. Sigo cogiendo ramas hasta que mis manos tocan el aire y el remolque se queda vacío. Papá y yo nos montamos en el *quad* para dar otra vuelta por el bosque y hacer una última comprobación.

Papá me deja conducir, aunque mis piernas no son lo bastante largas para cambiar de marcha y va cambiando él desde su puesto detrás de mí. Damos un rodeo para volver adonde estaba la lechuza.

Papá dice «espera un momento, ve despacio», pero ya voy tan despacio que tengo que parar del todo y él se baja de la parte de atrás. Retira una cortina de juncos enmarañada y se agacha. «Ven a ver esto», y yo me apeo de un salto y miro a la oscuridad porque a lo mejor ha encontrado más tesoros en la tierra removida.

Es una lechuza. Una cría, apenas una mota diminuta de plumas.

La silueta de un corazón blanco se empieza a dibujar en su cara. Unos ojos enormes. Un pico minúsculo que se agita. Un pecho gordo y frágil. Suaves jadeos temblorosos que la sacuden de la cabeza a la punta de las alas plegadas.

Acerco los dedos para tocarla, pero papá me aparta la mano con delicadeza. «Tenemos que dejarla. Puede que venga otra a buscarla y si nos llevamos una lechuza tan pequeña...».

Su voz se apaga y me entran ganas de arrancarle las palabras de la boca y lanzarlas al cielo, que se va oscureciendo por momentos, porque no quiero dejar a esa cría a su suerte, escondida entre las hojas caídas.

Me pide que entre en casa mientras guarda el *quad* y que me tome algo para entrar en calor antes de salir de nuevo a buscar algo para la cena.

Una vez dentro, pongo el hervidor al fuego y me siento en mi silla favorita. Está blanda y llena de parches y parece que tiene cien años. Empieza a perder relleno otra vez por uno de los lados y se infla como una nube de tormenta.

Me pongo cómoda y busco cuánto tarda un pájaro enterrado en convertirse en nada salvo en esos huesos huecos que eran como aire en mis manos, y los libros dicen que seis meses. Así que para marzo la lechuza enterrada será blanca como la nieve en la oscuridad que hay debajo de mí. No quiero ni pensar en qué habrá sido de la cría, pero cruzo los dedos tan fuerte que se me marcan los huesos de los nudillos y deseo con todas mis fuerzas que su madre o su padre vengan a por ella.

Leo que las lechuzas comen ratones y topillos y musarañas. No dejan ni una migaja y lo que no pueden digerir lo regurgitan en forma de bola en la que se distinguen la piel y los huesos y el pelo de lo que se han comido. Leo que al primero que ven que les lleva comida lo consideran su madre, aunque sea una marioneta que les trae un ratón.



Dejo de leer y me lavo el pelo sudoroso en el fregadero de la cocina. Lo sacudo y las gotitas salen despedidas por el aire como perlas a mi alrededor.

* * *

Vivimos en el bosque y somos salvajes.

Esta noche aullaremos al cielo estrellado. Proyectaremos nuestras voces y les daremos forma y las mezclaremos y las moldearemos como arcilla. Somos capaces de estirar el sonido para que alcance las copas de los árboles más altos y baje hasta la tierra llena de secretos y para que se mezcle con las zarzas y haga cabrillas en la charca, porque este mundo es nuestro y estamos solos.

Solos los dos.

Dos personas aisladas en un mundo aislado que es pequeño como una canica. Somos diminutos y lo somos todo y somos salvajes.

Vivimos en el bosque.

«Vivimos en el bosque y somos salvajes».

Nuestra casa del bosque está hecha de árboles. Para convertirlos en una casa, se talaron, cepillaron y alisaron y, aunque no es lo mismo que mirar las puntas retorcidas de las ramas, me gusta estar dentro del bosque. Es como un secreto, porque estamos escondidos y olvidados en el mejor sentido de la palabra, aunque la gente no ignore que vivimos aquí. Cada

año o así tenemos que ir al pueblo a comprar la comida que no podemos cultivar o la ropa que no podemos hacer, que es casi toda menos los calcetines, y ni esos me salen muy bien. Papá puede darle la forma de un pie a un ovillo de lana con unas cuantas puntadas mientras vigila la estufa, pero a mí se me enmaraña todo. Hacemos acopio de las cosas que necesitamos para el siguiente año y regresamos al bosque mientras el pueblo vuelve a olvidarse de nosotros.

La casa la construyó papá antes de que yo naciera. Sin embargo, no nació aquí, pues en el último momento la mujer que es mi madre dijo «ni en broma» y se la llevaron corriendo al hospital, donde la empujaron por pasillos blancos y relucientes y vacíos y sin árboles que no se asemejaban a nada que ella recordara. Pero entonces sí que recordó. Cosas como los microondas e internet y la calefacción que se pone pulsando un botón y no con el rugido de una estufa que hace que la ropa te huela a humo y a dulces. Sí que recordó y, cuando tenía a su bebé envuelta en una manta blanca que hacía juego con las paredes y las sábanas y las almohadas, le dijo a papá que no podía volver.

Lo hizo durante un tiempo. Pero iba dejándose llevar cada vez más hacia ese mundo que colinda con el nuestro y, cuando yo tenía cuatro años, se fue. Creo que recuerdo en mi cabeza el día que se marchó, pero es como si quisiera coger agua con las manos y se me escurriera delante de las narices. Hay chispazos de una mujer que me agarra y siento mi cuerpo arrastrado por la marea de otra persona que corre y a la

que mis piernas no pueden seguirle el paso. Hay un llanto y sé que pego un grito tan fuerte que atraviesa el cielo y espanta a los pájaros.

No iba a dejar que se fuera conmigo. No iba a dejar el bosque.

Cuando ahora intento recordarla es como si me la hubieran extirpado de la memoria; lo único que queda es una sombra negra. O a veces está allí, pero su contorno se difumina y se transforma en volutas de humo y no queda nada. La odio por abandonar la vida salvaje y la odio por abandonarnos a nosotros y la odio por abandonar nuestro pequeño mundo aislado.

No para de escribirme, pero no leo sus cartas. No sé por qué papá se molesta en recogerlas del buzón de madera que hay al borde del camino que conduce al resto del mundo. Es la única persona que nos envía algo. Una vez papá abrió una de las cartas y me la dejó en la mesa de la cocina para que la leyera, pero yo hice una bola con ella y me quedé mirando cómo se convertía en cenizas en el fuego, cómo las palabras de tinta se fundían en las brasas. Cuando tenía cinco años, vino al bosque y me escondí en la copa de un árbol, y no bajé hasta que se hizo de noche, por mucho que papá se hubiera a intentar convencerme. Cuando tenía siete, vino otra vez, y luego a los nueve, y yo siempre me refugiaba en las ramas. Papá dice que no está muy lejos, que debería verla, ver dónde vive y hablar con ella y volver a ser su hija, pero yo dejo de buscar tesoros y me subo a un árbol en cuanto lo

menciona. Y últimamente lo hace a menudo. Todo está muy lejos de aquí y así es justo como quiero que esté.

En alemán hay una palabra que lo define. El alemán tiene todas esas palabras raras y mágicas que esconden un millón de sensaciones acurrucadas en sus letras, como estar contento cuando otra persona está triste o desear estar en un sitio distinto de donde estás. A mí solo me pasa eso cuando voy al pueblo. Mi favorita es una que significa «soledad boscosa» y es la sensación de estar sola en el bosque y sentirte en calma y feliz y a salvo. Ella no quería eso. Ella quería que fuera al colegio y que pasara los fines de semana lejos con ella, pero, entonces, ¿cuándo sería libre y salvaje y treparía a los árboles y buscaría tesoros y contaría historias junto al fuego?

No la quiero.

Ella no es salvaje como nosotros.

Dejamos de aullar y nuestro aliento lechoso se pierde en la noche. Recogemos ramitas y las hojas más secas y el verde rubor del musgo que se mete en los tocones de los árboles y hacemos una fogata. Papá se saca unas patatas del bolsillo y las ponemos al fuego hasta que chisporrotean. Las pincho con un palo para retirarlas cuando están hechas y huelen tan bien que quiero zamparme la mía en el acto. Pero no lo hago, no desde aquella vez en que la boca me supo a fuego y me tocó pasarme hielo durante horas porque la tenía en carne viva. Le soplo a mi patata-pinchada-en-un-palo y, como siempre, papá me va enseñando las constelaciones que se ven entre las copas de los árboles, aunque yo ya me las sé. Orión, el cazador, con su cinturón de tres estrellas. Las osas: la Osa Mayor y la Osa Menor. Lupus, el lobo, con sus dientes de diamante. Un cielo salvaje.

Cuando la hoguera se apaga, ponemos rumbo a nuestra casita y el aire me congela las puntas del pelo. Me las toco y me topo con copitos de escarcha crujiente que parecen estrellas. Damos una fatigosa caminata hasta pasada la charca. La superficie ya está cubierta de hielo y me pregunto si papá me dejará patinar este año con sus patines de bota marrones de cuando tenía mi edad. Siempre me dice que es muy peligroso y que como la suave capa se resquebraje me hundiré en el